

HEIDEGGER Y LA ÉPOCA TÉCNICA

Jorge Acevedo
Editorial Universitaria
Santiago, 1999



Este nuevo libro de Jorge Acevedo, que se presenta como una segunda edición de *En torno a Heidegger* (1990), ofrece mucho más de lo que permite esperar esta modesta presentación.

Heidegger y la época técnica, aparece en una edición cuidadosa, con una hermosa ilustración de cubierta –Las espigadoras, de Jean François Millet– que sugiere la “liberación” de la tierra de la que más adelante se nos hablará. Esta nueva edición reorganiza los contenidos de la anterior, reuniéndolos bajo acápites que sintetizan sus temas; ello colabora a una sistematización que, sumada a la claridad y al rigor que caracteriza la exposición del autor, facilita grandemente la comprensión del pensamiento heideggeriano, incluso en sus aspectos más difíciles.

Esta segunda edición, por otra parte, aporta 109 páginas que vienen a sumarse a las anteriores 112 y representan, como dice el autor en su prólogo, “una asidua meditación sobre la esencia de la técnica moderna”, cuyo volumen “es tal, que ha parecido conveniente darle una nueva denominación al libro, haciendo notar, no obstante, la continuidad entre ambas ediciones”.

A mi modo de ver, la continuidad está dada por el hecho de que la primera representa el fundamento teórico de la segunda y la nueva denominación se justifica no sólo por su volumen, sino porque los nuevos capítulos introducen dos elementos enteramente novedosos en relación a la primera edición. En primer lugar, se nos ofrece una temática que trasciende ampliamente los límites de los contenidos de la publicación anterior; en segundo lugar, se pone de manifiesto una nueva apropiación del pensamiento de Heidegger que permite a Jorge Acevedo no sólo exponerlo y comentarlo con rigor y claridad, sino aplicar sus conceptos a una meditación referente a problemas de nuestro medio y analizar aspectos polémicos dentro de la obra del pensador de Selva Negra, como son los de su posición frente a la ética, a Dios y a la función de la religión.

La nueva temática se organiza en torno a los siguientes capítulos:

VI. *Acerca de la situación de la filosofía en Hispanoamérica*

El autor destaca un rasgo de la filosofía hispanoamericana que –a su juicio– marca una tendencia que podría llegar a ser predominante: el “pluralismo”; lo caracteriza por el hecho de “que no se marcha hacia la instauración de una corriente filosófica

oficial, que sea propuesta o impuesta como tal” y por “la propensión entre los cultivadores de las diversas posiciones filosóficas a no descalificar globalmente y a fardo cerrado lo que hacen los representantes de posturas diferentes; más aún, se desenvuelve, inclusive, algún tipo de diálogo entre filosofías que, en principio, son antagónicas, buscándose, así, puntos de contacto que puedan hacer surgir puentes entre ellas”.

Esta situación la atribuye Jorge Acevedo, por un lado, a una posible influencia del perspectivismo de Ortega que, con su doctrina del punto de vista, aporta sustento teórico y suscita al cultivo del pluralismo; por otro, a “una actitud más humilde” de los filósofos que, gracias a la influencia conjunta de Ortega y Heidegger, no esperan del cultivo de la filosofía “efectos inmediatos de gran envergadura”, desalentando, así, los enfrentamientos extremos.

En relación con lo anterior, cabe destacar que el profesor Acevedo, a través de su docencia universitaria, ha tendido efectivamente un puente entre el pensamiento de Ortega y el de Heidegger, llevando a la práctica un diálogo que –proyectado a la filosofía hispanoamericana en su conjunto– me parece más una aspiración que una realidad.

VII. *Era técnica y arte*

En este capítulo, el autor dirige a Heidegger dos preguntas fundamentales: cómo le “aparecen” los entes (realidad) al hombre contemporáneo y qué ha ocurrido con las cosas, dado este modo de “aparecer”.

La respuesta a la primera pregunta es que las cosas se han reducido a “existencias” y, a la segunda, que las cosas han sido llevadas a un estado de sobreexigencia, martirio y agotamiento, siendo el arte “la única instancia que percibe ese estado de necesidad” y se mueve en dirección inversa a la de la ciencia y la técnica modernas. Así, el arte en la era de la técnica ofrecería a la cosas una especie de “refugio virtual” en el que ellas “se protegen, tornándose enigmáticas”.

VIII. *La universidad en la época de la técnica*

El planteamiento del autor es que las universidades, y entre ellas las hispanoamericanas, están marcadas por el sello de la tecnología, entendiendo el término en su sentido heideggeriano. Por consiguiente, en ellas predomina la concepción del hombre como “animal de trabajo...como material humano y como señor de la Tierra” y es al hombre así entendido al que la universidad tiene la misión de formar para “producir eficientes productores y, en consonancia con ello, buenos consumidores”. Por eso, los universitarios “son adiestrados, ante todo, en el pensamiento técnico, calculador o computante”, que “induce al hombre a adoptar actitudes despóticas frente a la naturaleza y frente a sí mismo”.

En concordancia con lo anterior, plantea el autor, en la universidad “predomina hoy una posición axiológica que pone como valor supremo la eficacia

incondicionada en el funcionamiento de los dispositivos tecnológicos –entre los que se incluye, como uno más, la Universidad”.

Acevedo hace notar que no se debe entender las anteriores observaciones en un sentido peyorativo y que ellas no implican una crítica de tipo moral, puesto que las características descritas “se limitan a corresponder y a obedecer al espíritu del tiempo” y no dependen, por consiguiente, o por lo menos no en primera instancia, de la voluntad humana.

A pesar de ello sugiere –siguiendo a Heidegger– algunos caminos que pudieran preparar la recuperación para la Universidad de su condición de alma mater. Destaca la búsqueda de una “comunidad lingüística” que supere el desarraigo de las ciencias y su falta de unidad, mediante “una primera y decisiva mirada hacia la filosofía, para buscar allí el lugar de inserción de cada una de ellas en su fundamento esencial”. Por otra parte, plantea que en forma simultánea habría que recordar y asumir el carácter multidimensional del hombre, que no es sólo “animal de trabajo, material humano -mano de obra o cerebro de obra- o déspota de lo real en su totalidad”, sino también “el viviente poseído por el logos”, de lo que deriva su superior dignidad, inseparable –no obstante– de su condición de ser limitado y finito que lo une a todas las demás realidades.

Las transformaciones anteriores –nos dice el autor– supondrían una auténtica transvaloración. Primarían ahora valores tales como la solidaridad y la serenidad, que posibilitarían que la universidad llegara a constituirse en “poder no violento” o “poder espiritual” en cuanto unificador en lo original.

IX. *Los medios de comunicación social*

El autor plantea que los medios de comunicación social que configuran uno de los caracteres de la era técnica –reunidos por Heidegger bajo el apelativo de “información”– imponen el “se” impersonal o “uno” por sobre el “sí mismo” y reducen la temporalidad a la instantaneidad y simultaneidad de sucesos inmediatamente accesibles en un lugar cualquiera y en un tiempo cualquiera. Como consecuencia de ello, “todo está ni lejano ni cercano” y el hombre es asaltado por la angustia y la perplejidad.

Dada la dependencia de lo que Heidegger denomina “información” respecto de la esencia de la técnica, los medios de comunicación de masas colaboran inevitablemente al establecimiento y conservación de la unidimensionalidad humana. Así, la propaganda muestra que al hombre se le mira exclusivamente o, por lo menos principalmente, como consumidor. Por otra parte, dichos medios tienden a constituirse en árbitros del ser; así “alguien o algo existe (= es) cuando es recogido y desocultado por los medios”.

Este capítulo culmina con un buen deseo surgido a partir de una irónica reformulación de la indubitable certeza cartesiana: “Esperemos que el hombre del futuro no tenga que decir, en el tono y el registro que sea: aparezco en un medio de comunicación social, luego soy”.

X. *Hacia el sentido originario de la naturaleza*

Porque el hombre puede “ir en diversos sentidos y recorrer distintas sendas” enfrenta el permanente riesgo de “des-orientarse”; cuando esto sucede, necesita “buscar” y “redescubrir” la ruta que lo lleva “hacia el que cada cual genuinamente es”. Ahora bien, el preguntar –en cuanto tiende al “descubrimiento”– es parte integrante de ese buscar. Hoy, en un mundo en el que “se ha opacado la dimensión más profunda de la naturaleza”, el eterno aventurero que es el ser humano está obligado a “sumirse en la tarea de volver a descubrir su sentido originario”.

¿Cómo experimenta la naturaleza el hombre occidental moderno? “El ser humano actual no se limita a sacar provecho de la naturaleza para subsistir y alcanzar un medido y prudente bienestar –lo que involucra un cultivo, un respetuoso cuidar de la naturaleza, así como una ‘relación armónica’ con ella”– sino que la explota sin miramientos.

Así, en nuestros días, la naturaleza queda, prácticamente, reducida a lo que Heidegger llama naturaleza calculable y ésta “aparece como único mundo verdadero”; como consecuencia de ello el representar humano se hace “puramente pensamiento calculador o computante”.

El profesor Acevedo destaca que Heidegger acoge “lo que hay de aceptable e ineludible –que no es poco– en la conceptualización de la naturaleza inherente a la mentalidad técnico-moderna”, pero también plantea problemas y hace sugerencias. El autor las resume en el siguiente planteamiento: “cabría insistir en la necesidad de reasumir la dignidad encerrada en la physis, lo que podría conseguirse a través del respetuoso acoger la naturaleza natural, acogimiento que nos haría ‘trascender’ el habérselas técnico-moderno con ella, que tiende a considerarla sólo como técnicamente calculable. En ese camino insinuado por el filósofo de la Selva Negra lograríamos, a la par, reasumir nuestra propia dignidad de mortales”.

En los capítulos XI y XII, que ahora revisaremos, se centra la consideración en torno a los puntos más polémicos del pensamiento de Heidegger, a los que hacíamos referencia al inicio de estas líneas.

XI. *Ética originaria y psiquiatría*

El profesor Acevedo nos remite a la *Carta Sobre el Humanismo*, texto en el que Heidegger analiza el sentido originario del término *êthos* (estancia, morada), del que provendría ética; éste, por consiguiente, apuntaría “en la dirección de un meditar la estancia del hombre, el lugar donde habita o mora”.

El autor se pregunta “dónde habita el hombre”, qué significa habitar respecto del hombre”. Responde, siguiendo a Heidegger: “El modo como tú eres y yo soy, la manera según la cual *somos* los hombres sobre la tierra, es el Buan, el habitar (das Wohnen). Ser hombre quiere decir: ser como mortal sobre la Tierra, quiere decir: habitar”.

Ahora bien, Acevedo destaca que ese “genuino habitar acontece cuando los mortales protegen (schonen) la esencia de la Cuaterna o lo Cuadrante”, figura primordial del ser. Ese proteger incluye cuatro aspectos: salvar la tierra, vale decir, “franquearle la entrada a su propia esencia”; acoger el Cielo en cuanto Cielo, al respetar el recorrido de los astros, el curso de las estaciones, de las noches y los días; esperar a los Divinos en cuanto Divinos, esto es, reconocer su ausencia y esperar la señal de su llegada; finalmente, que el hombre guíe su propia esencia, “que es tener el poder de la muerte en cuanto muerte”... “hacia el uso de ese poder para que sea una buena muerte”.

Por consiguiente, la estancia humana, el êthos, “no es algo agregado a la esencia del hombre, sino su núcleo o, mejor dicho, es tal esencia. Meditar sobre el habitar es desarrollar la ética originaria”. Ahora bien, si esto es así, el pensamiento de Heidegger sería, fundamentalmente, una ética.

En lo que respecta a la relación entre ética originaria y psiquiatría, el autor se limita a plantear algunas tareas: descifrar el significado del último de los rasgos del habitar genuino, inferir de ese habitar “algo así como normas de conducta”, lo que equivaldría a ingresar en el ámbito habitual de la ética y, finalmente, si es que ello es posible, derivar de la ética originaria “conceptos operacionales que ayuden al terapeuta en su quehacer cotidiano”.

XII. *Acerca de Dios*

El autor incluye a Ortega y Heidegger entre los “filósofos de nuestro siglo (que) se han referido a lo divino de una manera soterrada, lo que ha inducido a entenderlos como ateos o, al menos, como despreocupados del asunto en cuestión”.

Acevedo se propone “examinar someramente los discursos de estos pensadores, procurando hallar claves que permitan recoger lo que, para mí, podría constituir una contribución filosófica de primer orden a la meditación ‘teológica’ actual”.

Al respecto nos dice el autor, después de considerar textos de *El Existencialismo es un Humanismo* y de *Carta sobre el Humanismo*: “El pensar de Heidegger... no es ni ateo ni indiferente frente a Dios. Lo que hace es retrotraer lo relativo a Dios, la Divinidad, la gracia (das Heilige: lo sagrado), la relación del hombre con Dios, al pensar que medita hacia la verdad del ser. Pero en este ámbito no nos encontramos con un pensar que decide, sino con uno que está limitado, precisamente, por aquello que tiene que pensar, esto es, la verdad del ser”. En esta limitación residiría, por lo menos en parte, la clave del relativo silencio de Heidegger frente al tema.

Otra razón para ello sería el que bajo el predominio de la esencia de la técnica moderna, del destino del ser como lo dis-puesto, como im-posición, “sólo es posible callar respecto de Dios”, porque a esta época Dios no puede estarle presente.

Sin embargo, el ser se manifiesta también como lo cuadrante (reunión de Cielo, Tierra, Divinos y Mortales) y el hombre debe protegerlo; vale decir, entre otras cosas, “estar atento ante la ausencia y el destello de los Divinos”, respetar su ausencia, tal

como ellos respetan al ser humano desde ella, esperando que llegue el momento en que “seamos capaces de habitar en su cercanía”.

Pero Heidegger, plantea Acevedo, no habla sólo de los Divinos, sino también de Dios, del “Dios de los Dioses”, al que hace referencia a propósito de Hölderlin.

El autor concluye esta parte de su meditación, enumerando los aspectos que habría que aclarar en el tema: “Dios, la Divinidad (o Deidad), lo sagrado, la relación del hombre con Dios, los Divinos, los dioses, el Dios de los Dioses”.

En lo que respecta a Ortega, Acevedo plantea que en su pensamiento encontramos “frecuentes alusiones a Dios y a la religión, y a asuntos con ellos relacionados”: Tales alusiones no se limitan, nos dice, a las contenidas en su breve ensayo *Dios a la Vista*, sino que “su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, de 1914, es una obra impregnada de religiosidad”; por otra parte, en *El Tema de Nuestro tiempo* y en *El Hombre y la Gente*, aparecen también interesantes reflexiones al respecto.

Finalmente, plantea el autor, ni Heidegger aparece como ateo, ni Ortega como agnóstico; completa su afirmación con el recurso al concepto de religión en Ortega, quien lo remite a “relegere”, en el sentido de ser escrupuloso en los negocios con Dios. Al respecto afirma Acevedo: “No es fácil encontrar a otros teóricos que se hayan comportado con tanto cuidado y escrupulosidad ante lo trascendente como Ortega y Heidegger”, lo que –aunque Acevedo no lo dice expresamente– los marcaría como profundamente religiosos.

En síntesis, Jorge Acevedo nos brinda una obra de gran erudición, en la que cada paso está rigurosamente fundamentado desde el punto de vista etimológico y de las fuentes; esta erudición, sin embargo, no impide que la exposición resulte amena y transparente y entregue una base sólida para una toma de posición del autor respecto a los aspectos más controvertidos del pensamiento de Heidegger.

Por otra parte, los dos últimos capítulos parecen esbozar algunas tareas que quedan pendientes: 1º buscar respuesta a la interrogante planteada al final del capítulo XI: qué significa que “los mortales habitan en cuanto que a su propia esencia, que es tener el poder de la muerte en cuanto muerte, la conducen hacia el uso de ese poder para que sea una buena muerte”; 2º meditar en lo que en el capítulo XII se menciona, citando a Francisco Soler, como constituyendo, quizás, el tema de “este momento en la historia de Occidente...: el Ser y lo Sagrado”.

En esta forma, a través de este hermoso libro, Jorge Acevedo deja planteado un desafío al que él mismo debería responder si quiere conducir su meditación hasta su pleno cumplimiento.

ANA ESCRÍBAR WICKS
Departamento de Filosofía
Universidad de Chile